

ALESSANDRO PRONZATO

**SEÑOR,
¿A QUIÉN IREMOS?**

Comentarios a los evangelios
de Juan y Lucas

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2003

*A mis obispos,
con tierna gratitud.*

*A mons. Giuseppe Angrisani,
que impuso sus manos sobre mi cabeza rebelde
y me ha «pasado» su pluma.*

*A mons. Carlo Cavalla,
obispo de Casale Monferrato,
que con delicadeza paternal me ha seguido y animado
concediéndome ilimitados créditos de confianza,
que espero no haber defraudado excesivamente.*

*A mons. Eugenio Corecco,
obispo de Lugano,
quien, además de acogerme benévolamente,
me ha concedido un trozo de tierra «juven»,
queridísimo para mí, en el de Savosa,
donde puedo lanzar semillas de esperanza.*

Cubierta diseñada por Christian Hugo Martín

Tradujo Pablo García
sobre el original italiano *Tu solo hai parole... Incontri con Gesù
nei vangeli I. Giovanni e Luca*

- © Alessandro Pronzato, 1993
- © Ediciones Sígueme S.A.U., 2003
C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España
Tlf.: (34) 923 218 203 - Fax: (34) 923 270 563
e-mail: ediciones@sigueme.es
www.sigueme.es

ISBN: 84-301-1515-3
Depósito legal: S. 1604-2003
Impreso en España / UE
Imprime: Gráficas Europa S.A.
Polígono El Montalvo, Salamanca 2003

CONTENIDO

<i>Presentación: Señor, ¿a quién iremos?</i>	9
--	---

JUAN

1. Juan: instrucciones para el uso, o sea, peligroso acercarse	17
2. A las cuatro de la tarde, los primeros discípulos (Jn 1, 35-39)	33
3. De Andrés a Simón, o sea, el descubrimiento no es un secreto (Jn 1, 40-42)	58
4. De Felipe a Natanael, con la complicidad de una higuera (Jn 1, 43-51)	64
5. Todos aquellos que buscan (Jn 1, 35-51)	73
6. Nicodemo: un hombre aparece en la noche (Jn 3, 1-21)	77
7. Una mujer cazada (Jn 4, 1-42)	115
8. Llega el turno del paralítico (Jn 5, 1-18)	135
9. Pedro y el riesgo de decidir (Jn 6, 60-69)	146
10. Aquella vez que Jesús arrestó a los guardias... (Jn 7,44-53)	157
11. Ella, sorprendida en flagrante adulterio. Él, culpable de excesiva misericordia (Jn 8, 1-11)	162
12. Aquél que se deja abrir los ojos, y aquellos otros... (Jn 9, 1-41)	171
13. Marta, María y el hermano muerto (más unos amigos) (Jn 11, 1-54)	185
14. Un encuentro (quizás) denegado (Jn 12, 20-33)	196
15. Encuentro con Pilato: ¿La verdad? No, gracias (Jn 18, 28-38)	203
16. María Magdalena, o la posibilidad de ver gracias a la voz (Jn 20, 1-18)	206
17. Tomás, o la hazaña de llegar el último (Jn 20, 19-31)	215
18. Una mañana, en la orilla del lago, un desconocido ha encendido un fuego (Jn 21, 1-19)	236

LUCAS

19. Encuentro de niños (Lc 2, 22-38)	251
20. Un hombre de bien y una mujer en boca de todos (Lc 7, 36-50)	256
21. Los que le rechazan y aquellos a los que él rechaza (Lc 9, 51-62)	262
22. A Jesús no le gusta discutir con intelectuales (Lc 10, 25-37)	268
23. Marta y María, encuentro en casa de amigos (Lc 10, 38-42)	273
24. Uno menos nueve (Lc 17, 11-19)	291
25. Dios cree en el hombre (Lc 19, 1-10)	297
26. Diálogo de cruz a cruz (Lc 23, 39-43)	306
27. Encuentro en el camino de Emaús con un forastero desinformado (Lc 24, 13-35)	318

PRESENTACIÓN

Señor, ¿a quién iremos?

Otros sólo tienen palabras: sólo él tiene palabras

Sí, hay escenarios imponentes ocupados por las multitudes, grandes discursos, milagros. Pero lo que más me impresiona en los evangelios son los encuentros personales.

El cara a cara de Jesús con un individuo, cualquiera que sea, el desarrollo de un coloquio denso, o sólo con unas pocas palabras escuetas, es algo que siempre consigue desasosegarme el corazón, me desconcierta cada vez que abro una de esas páginas.

Desde *Evangelios molestos* en adelante no he dejado de observar con especial atención a las personas aventuradas que han ido a buscar a Jesús, o que han sido encontradas, abordadas, a veces incluso «desalojadas» —como en el caso de Zaqueo encaramado entre las ramas frondosas— por él.

He seguido de cerca a Nicomedo en su salida nocturna. Me he agazapado tras del brocal para observar, golpeado por el sol de mediodía, la escena del pozo de Sicar. He espiado a Natanael cuando, requerido por Felipe, abandonó la sombra de su higuera. Me he colado entre los pobres diablos que pululaban alrededor de la piscina de Betesda. He asistido a los extenuantes interrogatorios a que fue sometido el ciego de nacimiento. Me he acurrucado tras el montón de piedras que dejaron caer de las manos los acusadores cuando se disponían a tirarlas contra la mujer adúltera. Me he escondido bajo las ramas de la higuera de Zaqueo. He acompañado como una sombra, por la carretera, al leproso curado que volvía a dar las gracias. Pilato ha anticipado la pregunta que yo tenía en la garganta: «¿Qué es la verdad?». Me he colocado al lado de los dos discípulos de Emaús, que dejaban tras de sí una estela de lamentaciones. No he perdido de vista ni un instante a María de Magdala en aquel jardín...

Me bastaba captar algún jirón del coloquio.

Después he caído en la cuenta de que los distintos personajes, que ya se me habían hecho familiares, poco a poco se difuminaban

como en una fusión cinematográfica, es más, desaparecían, se quitaban de en medio para dejarme inexorablemente al descubierto.

Así, sin pretenderlo, quedaba yo en el centro de la escena. Y esas palabras me caían encima sin que pudiese escapar, aquella mirada me hurgaba dentro sin darme tiempo para preparar ninguna defensa, para poner mis ideas en orden: «En verdad, en verdad te digo... Si conocieras el don de Dios... ¿Por qué has temido?... No seas incrédulo... ¿Quieres curarte?... Vete en paz... ¿Me amas más que estos?... Baja en seguida... ¿También tú te quieres marchar?... Verás... Andas inquieta y preocupada por muchas cosas... Soy yo, el que está hablando contigo... Camina...».

Tenía que convencerme de que Zaqueo, la mujer de Samaría, Nicodemo, Tomás, Pedro, María de Magdala era yo mismo.

Sí, amigo. Ese abrir de par en par los evangelios es una especie de escenario del mundo. No existen los actores de siempre que interpretan su papel ya resabido, que repiten el típico libreto pasado de moda.

Allí se recita, en vivo, tu drama.

Y te reencuentras con tus fugas y tus abandonos, tus resistencias, las dudas, los tormentos, las esperanzas, las protestas, las perplejidades, los miedos, los rechazos, las torpezas, las nostalgias profundas, las heridas secretas, las exigencias irrenunciables, el deseo de intentarlo otra vez, los sueños intactos, la búsqueda obstinada...

Ahí está tu verdad, sin camuflajes. Está tu rostro sin máscaras. Tu hambre y tu sed más devoradoras. Tu misterio. La maraña de tu vida. Las contradicciones de tu corazón.

No te hagas la ilusión de que asistes a la representación en calidad de simple espectador, de que lees de manera desapegada un asunto que no te afecta.

Cuando menos te lo esperas, te desclavan de tu butaca y te lanzan en medio de la escena para que sustituyas a Nicodemo, que ha desaparecido en la noche.

Zaqueo se ha bajado del árbol y ha ido a parar quién sabe adónde, y eres tú quien hoy ha de acoger al Maestro en tu casa, a la que él se ha autoinvitado.

La mujer ha dejado plantado en el brocal del pozo su cántaro y te toca recogerlo a ti y hacerte cargo de él (Jesús te pide agua y te la ofrece), sobre todo eres tú quien ha de decirse...

El paralítico te ha echado a la espalda su camilla y tienes que arreglártelas tú, ahora...

El evangelio, querido amigo, es un inexorable acomodador (o mejor, «desacomodador»). No puedes eximirte, sustraerte, quedarte atisbando tras los bastidores.

Deja tranquilamente a los expertos (aquí deseo expresarles toda mi gratitud: estas páginas son fruto de una asidua, cotidiana y apasionada lectura de sus preciosos y sudados volúmenes) otras claves de lectura. Para ti, la única manera de leer el evangelio es la de implicarte, no permanecer neutral ni indiferente.

Un convertido decía más o menos esto: «Te he adorado con furia y he blasfemado de ti. He reñido contigo y hasta te he hecho daño. Te he seguido impetuosamente y te he escarnecido. Podrás decir todo de mí, menos que te haya evitado».

Los encuentros de los distintos personajes con Cristo no siempre se desenvuelven de una manera sencilla y tranquila. Los diálogos no se desarrollan necesariamente de forma distendida. Se dan huidas, terquedades, pullas polémicas. A veces el encuentro se convierte en abierto encontronazo. Con frecuencia se asiste a un inexorable ajuste de cuentas. Está presente el consuelo, pero también la denuncia áspera e implacable. Se tiene la impresión de que ciertas personas, más que abordar con dulzura al Maestro, chocan «desastrosamente» con él.

En cualquier caso, el encuentro nunca es inocuo o tranquilizador. Pone en cuestión todo: pensamientos, afectos, opciones. A veces, incluso, reduce a añicos la construcción ya levantada, el monumento, las fachadas más vistosas (y no sólo las fachadas), los enlucidos, las formas más irreprochables, los refugios considerados impenetrables.

Nadie ha dicho que siempre se tenga que conversar amablemente con Jesús. En determinadas circunstancias se entabla una lucha encarnizada, como la que sostuvo Jacob junto al vado del Yaboc (Gn 32).

El poeta ruso Majakovskij, comentando ese episodio bíblico, escribía: «Es bien sabido que entre Dios y yo existen muchísimos disensos. Tú eres mi rival, eres mi insuperable enemigo y, sin embargo, tengo miedo a continuar combatiendo contigo, porque combatiéndote con esta fuerza temo, al final, abrazarte»¹.

1. Tomado de G. Ravasi, *Il libro della Genesi* 2, Bologna 1988, 103.

A veces parece que él escapa, se niega. Parece como si se divertiera desanimando, sembrando de obstáculos el camino hacia el encuentro definitivo, faltando a las citas.

Incluso llegas a tener la impresión de que te rechaza, de que te rehúye.

Lo importante es no desistir. Entonces es preciso hacer propia aquella dramática oración compuesta por un judío del gueto de Varsovia poco antes de... *pasar por el camino*: «Dios ha hecho todo lo posible para que pierda mi fe en él... He seguido a Dios también cuando me ha rechazado... Lo he amado y lo amo aunque me haya torturado hasta la muerte, me haya reducido a la vergüenza y al escarnio... Pero yo siempre creeré en ti y muero como he vivido, con una fe inquebrantable en ti»².

Sí, hay que creer, sobre todo cuando él se empeña en hacerte difícil y casi imposible la fe. Es necesario esperar, especialmente cuando él te apaga, sin piedad, todas las esperanzas.

Tengo que revelar el origen de estas páginas y me adelanto a decirlo. Pueden encontrarse rastros evidentes y abundantes de ellas en algunos de mis anteriores libros. Especialmente en la serie *El pan del domingo, Palabra de Dios, El evangelio en casa*. Y además en *Un vangelo per cercare: Giovanni, Y ¿cómo lo habéis conseguido, Tutti i figli di Dio hanno le mani*.

He recogido, juntado, armonizado y completado los fragmentos dispersos aquí y allá, incurriendo inevitablemente en alguna repetición. He sometido un material, en parte ya existente, a un trabajo de reelaboración y refundición.

No faltan los añadidos –incluso notables–, las refundiciones totales. En efecto, he constatado una vez más que, recorriendo las páginas del evangelio, siempre hay algo nuevo que descubrir. Las sorpresas son continuas.

Se dan encuentros totalmente inéditos, como los de Nicodemo, del paralítico de la piscina de Betesda, Pilato, etc.

Algunos capítulos resultan notablemente cortos comparados con otros de mayor amplitud (cito, entre todos, el coloquio nocturno con Nicodemo). No es una circunstancia casual. Ciertos encuentros exigen un análisis minucioso, lento, casi erudito, para captar toda su riqueza.

2. Tomado de M. D. Molinié, *La lotta di Giacobbe*, Brescia 1969, 21ss.

En este libro me intereso por los personajes que aparecen en los textos de Juan y de Lucas³. En el segundo volumen presento los encuentros que refieren los evangelios de Marcos y Mateo.

Para terminar, justifico el título. He parafraseado levemente la declaración de Pedro el día de la gran crisis (Jn 6, 68). Estoy convencido de que muchas almas se han dirigido a Jesús, más que para conseguir un milagro, para escuchar sus palabras. Palabras verdaderas, distintas de todas las demás.

Por otra parte, cuando Jesús aparece en escena, impresiona por su palabra insólita, autorizada (Mc 1, 22), que no puede compararse con la «burocrática» de los escribas. Los guardias enviados para prenderlo quedan paralizados ante sus palabras: «Nadie ha hablado jamás como este hombre» (Jn 7, 46).

Hoy estamos sumergidos en un incontenible diluvio de palabras. Sin embargo, permanece intacto, insatisfecho, un... deseo de palabras. Ya decía Qohélet: «Todas las palabras están cansadas y el hombre ya no puede usarlas» (Ecl 1, 8).

Agotadas, exhaustas, consumidas. Desgastadas por el uso excesivo. Devaluadas por su desproporcionada abundancia y por la ligereza con que las utilizamos. Envilecidas por los abusos a que las sometemos continuamente, llega un momento en que las palabras ya no dicen nada.

Las encontramos, por expresarlo de alguna manera, apagadas, encerradas en la humillación, y se ven obligadas continuamente a prostituirse.

Las palabras, extenuadas, se han convertido en sonidos débiles –y más débiles cuanto más ruidosos, más rimbombantes–, insignificantes, incomprensibles.

Sí, las palabras están cansadas.

Pero nosotros aún no estamos cansados de palabras.

Tenemos que esperar en las palabras. Pero en las verdaderas, las auténticas. En esas «hablantes», no simplemente «habladas» (según la célebre distinción de Merleau-Ponty). «Mi alma espera en tu palabra» (Sal 130, 5).

Sabemos que Alguien tiene palabras...

Los otros sólo tienen palabras. Sólo él tiene palabras.

3. En las citas de los textos evangélicos, si no se hace otra indicación referente al capítulo o al versículo, es claro que se trata respectivamente de Juan o de Lucas, según los encuentros.

Pero no podemos preguntar como Pedro: «Señor, ¿a quién iremos?...», porque ya hemos ido. A todas las plazas, bajo todos los púlpitos, ante todas las cátedras y las tribunas.

Nos hemos dejado llevar por una infinidad de maestros, engañar por una nube de charlatanes. Cada día hacemos el recorrido devoto de las siete —o más— iglesias televisivas para ganar una indulgencia de palabras vacías en serie.

Finalmente puede haber llegado el momento de exclamar, con plena convicción: ¡Señor, sólo tú tienes palabras!...

Sí, él tiene palabras, incluso cuando se encierra en el silencio. Algún provocador, ha dicho: «¿Quién como tú entre los mudos?»⁴.

El hecho es que nadie habla como él... cuando calla...

4. La frase da el título a un volumen que tiene por subtítulo *L'uomo di fronte al silenzio di Dio* (Milano 1993), y que recoge las lecciones de la «Cattedra dei non credenti», promovidas y coordinadas por Carlo Maria Martini.